Jim Grant, coloso de la cooperación internacional en favor de la infancia

Cuando en el otoño de 1987 tuve el honor de ser elegido Director General de la UNESCO sabía que era necesario emprender grandes cambios para que la organización pudiera estar a la altura de la misión que se le había encomendado en 1945, en su calidad de Organización intelectual del Sistema de las Naciones Unidas. Como Director General Adjunto de 1978 a 1981, había vivido los primeros pasos de la marginación de las Naciones Unidas por parte del Partido Republicano de los Estados Unidos, que se inició –pensando erróneamente que era la institución más "débil" del Sistema- con la UNESCO, poniendo en duda no sólo la importancia de su misión para el cumplimiento de "Nosotros, los pueblos… hemos resuelto evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra" sino, con la excusa del informe McBride sobre comunicación e información, arguyendo sesgadas interpretaciones de la Constitución, de censura,… cuando en el artículo 1º del Acta Constitutiva se establece que "La UNESCO garantizará la libre circulación de la ideas por la palabra y por la imagen"….

Esta posición había desembocado, en el año 1984, en la retirada de los Estados Unidos y del Reino Unido de la UNESCO, como preámbulo de la sustitución, llevada a cabo por el tándem neoliberal Reagan-Thatcher, de las Naciones Unidas por grupos plutocráticos integrados por 6, 7, 8 países (los G6, G7, G8…G20). ¿Cómo podía pretenderse –y aceptarse por parte de tantos países de Occidente- que un puñado de países prósperos

tomaran en sus manos las riendas del destino común de la humanidad? ¿Que gobernaran sobre 193 países?

Era necesario, pues, adoptar medidas contundentes y "a contraviento". Se necesitaba un gran aliado. Fue Jim Grant. Enérgico, lúcido, hábil, guiado siempre en sus acciones por el principio fundamental de la igual dignidad de todos los seres humanos, apoyando siempre en primer lugar a la infancia como garantía de que otro mundo es posible UNICEF y UNESCO fueron de la mano desde el primer momento, especialmente para hacer posible la transformación radical del enfoque educativo que era precisa y apremiante a escala mundial. El Presidente de Tanzania, Julius Nyerere, "mwalimu", es decir, maestro en suahili, había ya reclamado que no era posible formar a personas "libres y responsables", como define magistralmente la Constitución de la UNESCO a los educados, a través de un programa que se titulaba "Alfabetización y educación básica". La alfabetización "en las lenguas coloniales", exclamaba Julius Nyerere, como portavoz de tantos ilustres líderes africanos de aquel momento, y "educación básica para que sigamos siendo obedientes y sumisos".

El cambio radical que debía realizarse no podía tramitarse "burocráticamente", porque se daba por descontado que no sería aceptado. En estos casos –es muy importante tener esto en cuenta- no debe pedirse permiso porque está claro que no te lo darán y que procurarán que todo siga igual. Hay que actuar porque si no hay evolución habrá revolución. Y la revolución va acompañada de violencia, de fuerza. Entre evolución y revolución hay sólo una "r" de diferencia: la "r" de responsabilidad. Era necesario actuar con firmeza y con responsabilidad.

Jim Grant fue el gran actor, el “mago” de aquella “conspiración” pacífica. Como estaba previsto –la contribución de UNICEF fue realmente clave- incorporamos al Banco Mundial y al PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). Y así se anunció el primer congreso mundial de educación -¡45 años después de la fundación del Sistema!- que se celebraría en Jomtiem, Tailandia, sobre “Educación para todos a lo largo de toda la vida”.

La inmensa mayoría de los países a favor, abriendo una nueva página para la educación a escala planetaria para un futuro más esclarecido. Y, como era de esperar, las reacciones de los países más aferrados al neoliberalismo, manifiestamente adversa. Hasta estentórea, como en el caso del entonces Secretario de Estado señor John Bolton, que viajó ex profeso desde Washington a París y se presentó con gritos y malos modales en mi despacho, exigiendo verme en el acto para que modificara una decisión que no había consultado con la Conferencia General –a la que ellos no pertenecían, porque desde el año 1984 no formaban parte de la Organización-… Le contesté que el Congreso había sido organizado con tres instituciones dirigidas precisamente por norteamericanos: Jim Grant, Barber Conable (Banco Mundial) y W.H. Draper (PNUD). Le abrí la puerta para que se fuera y le dije que creía que era necesario que se serenera y que, si lo hacía, le recibiría al día siguiente para hablar con calma de este tema y de cuantos deseara, pero que no correspondía a quienes habían soslayado totalmente a las Naciones Unidas marcar las pautas de sus acciones. Volvió al día siguiente. Y hablamos. Y disentimos. Haber actuado en consonancia con Jim Grant, tan respetado en el mundo entero… y temido, por lo que luego contaré, por los neoliberales, fue decisivo para

que la UNESCO pudiera encauzar debidamente la educación a escala global.

Otro recuerdo que quiero extraer de los muchos que guardo de tan insólita e insigne personalidad es del Acto de la firma de la Convención de los Derechos de la Infancia en noviembre de 1989. Me llamó para decirme que, tratándose de los niños, todos los Jefes del Estado del mundo concurrirían a la solemne ceremonia que tendría lugar en las Naciones Unidas, y que pensaba que UNICEF debería estar acompañado de todas las instituciones del Sistema. Allí fuimos y estuvimos dando la bienvenida a todas las máximas autoridades de la Tierra.

De pronto, pálido, nos convoca a una reunión de emergencia para decirnos que el Presidente Bush (padre) acababa de decirle que no iba a suscribir la Convención. Así, de este modo irresponsable, cuando ya estaban prácticamente en la sede de las Naciones Unidas la mayoría de los invitados. Era fiel reflejo de la animadversión que siempre han tenido, como ya he indicado antes, las autoridades del Partido Republicano hacia el multilateralismo. No olvidemos, me gusta repetirlo, que en el año 1919, no permitieron que los Estados Unidos formaran parte de la Sociedad de Naciones que había creado el Presidente Woodrow Wilson… Y así pasó lo que pasó. No olvidemos tampoco que hacía muy pocos años se habían creado los grupos autocráticos y que en 1995 fundarían la Organización Mundial del Comercio fuera del ámbito de las Naciones Unidas…

¿Qué hacer? Se decidió que no se seguiría el “turno” que se establece por sorteo sino que, por ser el país anfitrión, el Presidente norteamericano

firmaría (no firmaría) en último lugar. Y así se hizo, con el añadido de que cuando iba a firmar (a no firmar) el Presidente Bush, empezamos todos a entonar el "We are the World, we are the Children", de tal forma que la mayoría de los asistentes no supieron hasta el próximo día por los noticieros que los Estados Unidos era el único país que no había suscrito la Convención.

Hoy, veinticinco años después, siguen siendo la excepción. El Presidente Obama lo ha intentado, pero se necesita una mayoría parlamentaria que no posee y, en este caso, no ha podido aplicar, como ha hecho con el *medicare,* con la regularización de millones de emigrantes o con la relación de mano tendida con los países islámicos, la fórmula que, audazmente, le ha permitido tomar todas estas decisiones tan importantes por considerarlo "cuestión de seguridad nacional"…

Jim Grant, se ha ausentado. Pero en su estela luminosa seguirá inspirándonos siempre. Me lo imagino yendo de un extremo a otro de los espacios celestiales repartiendo sobres de sal yodada…

Federico Mayor Zaragoza

09 de mayo de 2016.